

017. El Israel de Dios

Pertenecer a la Iglesia es una gloria sin igual y es haber recibido de Dios una bendición inmensa. Cada uno se gloria de su pueblo: el japonés, del Japón; el alemán, de Alemania y el brasileño de su Brasil. Esto es natural. ¿Nos podemos gloriar nosotros de pertenecer al Pueblo de Dios? Esto nos lo dice la Biblia en un pasaje famoso, que vamos a recordar hoy.

Cuando pensamos en Balaam, ese personaje misterioso de que nos habla el libro de los Números (22 a 24), solamente sabemos que habló la burra, para defenderse de los golpes que le daba su dueño porque no le obedecía. El hecho resulta divertido, pero las enseñanzas bíblicas son muy grandes.

Israel, después de tantos años a través de las estepas camino de la tierra prometida, se halla ya ante las riberas del Jordán. Los pueblos vecinos tiemblan ante el invasor. Y Balac, rey de Moab, acude al adivino Balaam con este encargo:

- *Ven a maldecir a este pueblo, porque es más poderoso que yo. Quizá pueda entonces derrotarle y expulsarlo del país, pues sé que aquél a quien tú bendices es bendecido, y aquél a quien tú maldices es maldecido.*

Balaam monta en su burra y se dirige hacia los montes, desde donde divisará los campamentos israelitas. Pero el animal, no quiere moverse... Palo va y palo viene. Quiere ir Balaam por un camino, y la burra que se va por otro, porque la pobre veía lo que no veía Balaam: un ángel que, espada en mano, se le ponía delante y no le dejaba pasar.

Hasta que, al fin, habla el animal:

- *¿Qué hecho yo para que me pegues tanto, si siempre me he portado bien contigo?...*

Sigue un diálogo curioso entre Balaam y la burra. Se abren los ojos del adivino y ve al ángel de Dios, que le amenaza y le manda:

- *Vete a cumplir tu misión, como te ordena el rey. Pero, mira bien las palabras que dices. Solamente proferirás sobre Israel lo que yo te dicte.*

Viene la lucha entre el rey Balac y el adivino Balaam. El rey quiere que maldiga, y el adivino no hace más que bendecir. Contempla a Israel desde la montaña, y le dirige cuatro poemas bellísimos.

En el primero, se entusiasma ante el número inmenso del pueblo:

- *¿Quién puede contar a Jacob, si es innumerable como el polvo?...*

En el segundo, canta su fuerza irresistible:

- *Israel se levanta como una leona y se yergue como un león. No se acostará hasta que haya devorado toda su presa.*

En el tercero, se embelesa ante sus encantos:

- *¡Qué bellas son tus tiendas, Jacob! ¡Qué hermosas tus moradas, Israel!*

Y en la cuarta, la principal, ve al gran Jefe que tendrá un día el pueblo elegido:

- *Lo veo, lo diviso... Pero, todavía no está aquí. De Jacob sale una estrella, de Israel brota un cetro... Uno de Jacob dominará sobre todo.*

Total, que la maldición querida por el rey Balac se convirtió en las mayores bendiciones, alabanzas y profecías en aquel adivino, que Dios utilizó como profeta suyo.

Para captar este mensaje, hemos de aceptar esa expresión repetida de San Pablo: lo que le ocurría a Israel era figura del *nuevo Israel de Dios*, o sea, la Iglesia. Aunque un día entrará también el pueblo de la antigua alianza, pues la elección de Israel fue sin arrepentimiento de parte de Dios.

Entonces, aplicamos estos cuatro poemas a la obra de Dios, realizada en Cristo.

* Jesucristo es la estrella de Jacob, el cetro real de Judá, el dominador surgido de Israel. Dominará, en un reinado de paz, de justicia y de amor, a todas las gentes, llamadas a entrar en el Reino de Dios. Son muchos los que aún no conocen a Jesucristo, pero llegará día dichoso en que Jesucristo será adorado por todas las gentes.

* Sin violencias, sin armas, sólo con la fuerza que Dios le da, el Reino llegará a todas las gentes. Como león rugiente y fortísimo, vencerá al final todos los obstáculos que le impiden su avance en el mundo. Este avanzar del Reino de Dios no se realiza con precipitaciones. Va lento, como la semilla que germina y crece, como el fermento en la masa. Pero al fin se habrá desarrollado del todo.

* ¿Y quién podrá contar a todos los elegidos? Son innumerables como las estrellas del cielo, incontables como las arenas del mar. Son hombres y mujeres *de toda raza, lengua, pueblo y nación*, según la expresión entusiasta del Apocalipsis.

* La belleza de la obra de Jesucristo arrebatará las miradas de todos. Aún ahora, en su etapa transitoria, y a pesar de todos sus defectos humanos, la Iglesia es la institución más admirada de la tierra, por su verdad convincente, por su doctrina moral, por sus obras de caridad, por sus santos y sus pastores...

Al analizar a la luz de este hecho bíblico lo que es la Iglesia, nosotros nos reafirmamos cada día más en nuestra fe católica. A veces nos pueden surgir dificultades, pero la estrella no deja de brillar en los cielos. Cuanto más la miramos, más seguros nos sentimos.

¡Qué bien que habló Balaam de Jesucristo y de nosotros, del Israel de Dios!
Todo está en ver si, con la coherencia de una vida cristiana genuina, auténtica, sabemos responder a ese plan grandioso que Dios se trazara sobre nosotros, los ciudadanos de su Pueblo elegido...